

PENSAMIENTO ESCOLASTICO ACTUAL SOBRE EL EVOLUCIONISMO

Escribe JORGE ENRIQUE LEAL G.

Con oportunidad de la más o menos reciente conmemoración del *On the Origin of Species by Means...* y de la condenación por parte de la Iglesia Católica de las atrevidas teorías evolucionistas del padre Teilhard de Chardin, contenidas entre otros, en su *Le Phénomene humain*, se ha vuelto a agitar en los medios filosóficos o meramente científicos el apasionante asunto de la filiación de las especies. A este propósito nos ha parecido no solo conveniente, sino quizá útil, ensayar un recuento así sea somero y sintético, sobre las ideas que en la actualidad abriga la escuela escolástica en sus principales matices.

Mas antes de puntualizar esos pensamientos, deseamos ser lo suficientemente enfáticos al advertir cómo no nos hallamos de acuerdo ni con el eminente científico padre Enrique Pérez Arbeláez, cuando en algún erudito escrito afirma que *en el origen de las especies se abre un dilema perfecto, creacionismo o evolucionismo*, ni con el señor Leonel Clemente P. de México, quien en ocasional colaboración para la revista *Life*, sostiene que *la evolución excluye al Creador*.

No convenimos con las aseveraciones transcritas, porque el evolucionismo, así se llegue a demostrar con luz deslumbradora, ni destruye la necesaria acción de un Creador, ni mucho menos postula la antirrational generación espontánea.

Y es que, en efecto, de no admitir a Dios, caeríamos cuando menos, para ser indulgentes, en el materialismo científico y filosófico actual que considera la existencia del Sér Supremo como un mero mito sin asidero alguno, opuesto al avance del pensamiento y a la libertad del hombre.

Sobra insistir, bajo este meridiano de las ideas contemporáneas, en que la anterior afirmación aparece ampliamente refutada con argumentos de una claridad inequívoca y de un poder de convicción avasallante, desde hace innúmeros lustros en cualquier tratado elemental de Apologética. Aquí si que encaja la lacerante frase de Dostoiéwski en *Los Hermanos Karamazov*: "Si Dios no existe, todo nos está permitido".

Ya la santidad de Pío XII en su memorable discurso ante la academia pontificia de ciencias, había llamado la atención acerca de que "los

sabios modernos versados en el estudio de las ciencias, estiman la idea de la creación del universo, totalmente conciliable con sus investigaciones"; por otra parte, Fayé, en su *De l'origine du monde* advierte que es falso que la ciencia haya llegado por sí misma, como trata hoy de hacerse creer, a la negación de Dios; su pretendido desconocimiento no es sino el reflejo de esas luchas periódicas contra las instituciones y creencias del pasado; cuando el ardor se apaga los espíritus no tardan en volver los ojos hacia las verdades eternas, sorprendidos de haberlas combatido alguna vez...

Para proseguir con algo de orden, es oportuno recalcar que hay una lamentable equivocación al considerar como sinónimos los términos *creacionismo* y *fijismo*; en verdad, al evolucionismo o transformismo se opone el fijismo que propugna la permanencia de aquellos caracteres esenciales en los descendientes sin los cuales cambiaría su naturaleza; pero aún así, el fijismo no niega, ni puede jamás hacerlo, que no se presenten alteraciones en las características accidentales; otra cosa sería ir contra nuestra propia evidencia, la cual todos los días nos convence de que los hijos nunca son enteramente semejantes a sus progenitores.

El creacionismo sostiene, con razones por lo menos respetables y para nosotros luminosamente diáfanas, que la materia no existe por sí misma; que ha sido creada por Dios y que la virtud con la cual evolucionaría no obedece a fuerzas ciegas que de ella nacen, sino que es un poder admirable y sobrecogedor que el Sér Supremo puso en ella cuando en el umbral de las edades le comunicó su impulso primero.

Bueno es recordar, parafraseando a A. Eddington en su libro *L'Univers en expansion* cómo el transformismo puede, cuando más, hacer postergar el momento de la creación, pero nunca llegará a suprimir el instante en que ese acto se hace ineluctablemente necesario.

Puede uno, por lo tanto, creer firmemente en la necesaria e insustituible acción de un Hacedor Todopoderoso y admitir la evolución de unas pocas especies hasta el sin número de ellas que hoy pueblan el universo; esta modalidad, por lo demás, es la que ahora parece tratar de abrirse paso aun en los medios más ortodoxos de la escolástica contemporánea. Aquí surgen en nuestro recuerdo, fuera de las *razones seminales* de San Agustín, el nombre del profesor católico londinense St. G. Mivart quien, si no estamos mal de memoria, fue el primero en proponer el origen bestial del hombre en cuanto al cuerpo.

Hoy ya no es un hallazgo leer en libros de filosofía escolástica, conceptos como los que siguen: "La explicación evolucionista está de acuerdo con cierta observación general de los hechos; el creyente la encuentra razonable, siempre que se admita la intervención de Dios en la producción de la vida, de la sensibilidad y de la inteligencia; no la halla en desacuerdo con el modo de proceder de Dios quien obra como causa primera y deja a las criaturas el ejercicio de las actividades consiguientes y filosóficamente no envuelve repugnancia, ya que admite la intervención de Dios".

También se concede hoy la no dificultad filosófica en presumir que el cuerpo del hombre provenga del animal, siempre que se sostenga respecto al alma, la creación directa por Dios, pues repugna absolutamente que un principio espiritual emane de la materia bruta.

Sin remontarnos a documentos eclesiásticos no poco antiguos, como el *Enchiridion biblicum*, en la encíclica *Divino afflante Spiritu* de Pío XII, y en la más reciente, *Humani Generis*, ya se tratan con más amplitud y desenfadado estas delicadas cuestiones.

El pensamiento del padre Bea, rector del instituto bíblico de Roma, expresado en el siguiente aparte, es bastante categórico: "El que reconozca que el reino animal ha sido formado por evolución, no puede rechazarla en el caso del hombre, en cuanto se refiere a su cuerpo". Y, en verdad, con el versículo siete del capítulo II del Génesis, puede sustentar, quien a bien lo tenga, el principio de la evolución de nuestra especie, pues allí se enseña que el Creador formó al hombre con arcilla, vale decir que del polvo de la tierra, por virtud maravillosa emanada de El, procedemos nosotros.

Y, ¿según estos modernos pareceres, cuáles serían, en la escala animal, nuestros inmediatos antecesores?

Sin exponer, por demasiado conocidas, las teorías transformistas de Lamarck, Darwin, Huxley, Haeckel, Weisman, Le Dantec y otros, recordamos aquí con sincera honradez, los arduos intentos que hasta el presente se han realizado para rastrear el hilo misterioso y en varios sitios, al menos por el momento irremediablemente interrumpido, de las ascendencia animal de nuestro cuerpo.

Según ellos, y resumiendo hasta lo posible en gracia de la brevedad, el anfitépeco y quizá también el asiaticopiteco, los dos del eoceno, pueden ser considerados como las formas ancestrales de todos los primates del antiguo mundo o catarrinos; estos en el oligoceno se escindirían en dos grupos: los cercopitécidos y los catarrinos superiores, como el parapiteco, que sería, a su vez, el origen de tres linajes evolutivos divergentes: los hilobates, o simios de largos miembros; los antropoides —orangután, gorila, chimpancé, etc.— y los prehumanos en cuyo ápice surgiría el hombre.

Deteniéndonos un poco en esto último, en cualquier libro de iniciación antropológica aprendemos cómo en el paleolítico inferior concluye el predominio de los hominianos para irrumpir, hacia atrás, en el de los antropianos, de los cuales por algunas décadas se conocieron únicamente los vestigios del *Pithecanthropus erectus* que, comparado con el hombre exhibe un aspecto simiesco, pero parangonado con los simios adquiere un peculiar aspecto humanoide, y que constituiría una como especie media entre los dos grupos.

Muchos autores piensan que el *Homo sapiens*, el *Homo neanderthalensis* y el *Pithecanthropus*, derivan los unos de los otros.

Cabe mencionar aquí, por su indudable importancia, el *Pithecanthropus pekinensis* o *Sinanthropus* que, con su capacidad craneana de 1.050 cm³, se acerca más al hombre que el *erectus*.

El *Homo neanderthalensis* es, en verdad, digno de atención singular, pues sus cualidades parecen situarlo en la antesala de nuestra especie; aparecido en Alemania a finales del pleistoceno medio y continuado en el superior, también vivió en África —Rodesia— y en Asia —Palestina— bajo las especificaciones de *Homo neanderthalensis rhodesiensis* y *Homo neanderthalensis palaestinensis*, propuestas por Peters.

Por salirse de nuestro propósito y por ser demasiado trajinada, no nos adentramos en su descripción anatómica; bástenos refrescar la memoria de quienes lean estas líneas, haciendo hincapié en que su capacidad craneana alcanza, en término medio, cerca de los 1.400 cm³, cuando en nosotros se sitúa en los 1.500, y que, de acuerdo con relatos de sus descubridores, algunos de los ejemplares desenterrados en Francia presentaban claras huellas de haber sido inhumados según ritos misteriosos, fuera de que a su alrededor se encontraban toscos útiles de piedra.

Para quien descubra ciertos interés en esta rapidísima reseña, bueno parece mencionarle el *Africanthropus njarasensis*, posiblemente del pleistoceno medio superior, para Weidenreich aún más primitivo que los neandertalianos.

En el paleolítico superior surgen hombres que por sus decisivas semejanzas con los actuales, se consideran como de la misma especie; para qué insistir en que, en cuanto a utensilios, los de piedra, hueso, marfil o cuerno ofrecen un laborioso tallado y en que el tipo por antonomasia es el de Cro-Magnon.

No pretendemos alargar más este bosquejo; creemos haber dejado claramente establecido nuestro propósito, que no era otro sino el de demostrar cómo el pensamiento escolástico actual no se muestra ya tan reacio a admitir la evolución del hombre en cuanto se refiere al cuerpo y, ello supuesto, cuáles serían, a grandes rasgos, sus probables antepasados.

Finalizamos estos párrafos con las conclusiones, más o menos sustentables, de verdaderas autoridades en la materia.

Broom y Dart conceptúan que los australopitecos constituyen el origen directo de los hotentotes y de los bosquimanos.

Weidenreich cree que el magántropo, el pitencántropo y los “hombres” de Solo y Wadjak, forman la cadena evolutiva que finaliza en los australianos; el sinántropo, a su vez, desembocaría en la actual raza amarilla.

Estas suposiciones, claro está, conducen a la afirmación del poligenismo, es decir, a considerar que las razas humanas descienden de linajes paralelos desprendidos de un tronco común, antes de haber alcanzado el nivel humano. Mas no es aventurado suponer que los hoy bautizados “homínidos” deriven de una sola rama que habrían conquistado ya las características humanas y que por diversificaciones más o menos paralelas constituyeron la fuente de las diferentes formas fósiles actuales.

Pero insistimos en que otras corrientes de la filosofía tradicional, si bien no se aferran ya al desueto fijismo absoluto, pues admiten el evolucionismo especigenético, es decir, en los grados inferiores o especies sistemáticas, parecen no transigir, eso sí, en el transformismo generalizado, lo cual significa que defienden con razones poderosas y ciertamente serias, el estatismo en los tipos o especies filosóficas.

Dudamos que con el correr del tiempo puedan esclarecerse estas espinosas cuestiones y se llegue a una teoría que por sus inconvenciones se convierta en una verdad irrefutable.

A fuer de creyentes íntimamente convencidos, alentamos la esperanzada seguridad de que al trasponer los confines de este mundo, se nos descorran en la eternidad insondable este y todos los demás velos que hoy erigen un muro de sombras ante nuestros ojos inquisidores.
